

ENCENDIENDO VELAS

Faltaban pocas horas para acabar el año y me encontraba en el convento de hermanas clarisas de mi pueblo, Cantalapiedra, tomándole el pulso al calendario que terminaba. Me gusta dedicarme un tiempo para dar gracias por lo ocurrido, mirar cara a cara mis errores, asumir aquellas cosas que no tienen vuelta de hoja y poner en manos de Dios la cosecha de los doce meses. Mientras las monjas rezaban las vísperas, yo andaba sumido en mis reflexiones personales cuando oí que se abría la puerta de la iglesia. Hasta ahí todo normal, pero, a partir de ahí, todo fue distinto. En apenas unos segundos, tres niños se aproximaron al altar llegando casi a la carrera con cierto aire travieso, que para los niños es natural. Aquello tenía toda la pinta de poder continuar de cualquier manera y así fue. Los pequeños se subieron al altar, miraron a las monjas a través de la reja, se sorprendieron lo justo y luego, vuelta para abajo. Creo que a las hermanas también les llamó la atención aquel revuelo además de descolocarlas un poco. Todo aquello les hizo salir de su rutina y esbozar alguna sonrisa viendo a las criaturas que sin ningún pudor las contemplaban con unos ojos como platos. La historia no acaba ahí. Después, acompañados de su padre, se pusieron a encender velas electrónicas. Aquella mezcla de juego e ilusión captó mi atención.

Mirando el transcurrir de los siglos, me hago consciente de que atrás quedaron los tiempos en los que las candelas eran fundamentales para iluminar las estancias de los hogares más



humildes, las casas señoriales, los palacios o las iglesias. La presencia de la llama encendida iluminaba por igual a ricos que a pobres. Hoy en día, las velas cumplen otra función, desde la decorativa y ambiental, pasando por ser un elemento empleado en las oraciones y meditaciones hasta la de ser un símbolo que recuerda el lugar donde ha ocurrido alguna desgracia como un atentado. No podemos olvidarnos de su uso en los días de cumpleaños, encendiéndolas y posteriormente apagándolas con un buen soplo acompañado de la petición de un deseo.

Encender una vela tiene una magia especial, es como lanzar al aire una ilusión, una esperanza de que algo nuevo surge con la fuerza y el dinamismo del fuego. Sin apenas ser conscientes, realizamos el ritual de la vida: nacer, iluminar y morir. Mientras vivimos tenemos el compromiso de aportar claridad a quienes nos rodean y, una vez que nos apagamos, descansamos, desapareciendo como el humo que se eleva en acción de gracias tras haber contribuido a una noble causa.

Necesitamos pequeñas luces que nos iluminen, que nos sirvan de guía y referencia, que nos ayuden a abrazar la fe en medio de la penumbra, que nos eleven unos metros del suelo para no caer en la cobardía. Necesitamos personas que, como los niños, nos recuerden que la vida es un juego y una sorpresa y sólo quien se divierte descubre en ella los trucos que nos asombran.

Al ver a aquellos pequeños encendiendo las velas del lampadario como si de un juego se tratara, me hizo redescubrir la capacidad de admiración que poseemos al ver que de la nada surge la luz; de una chispa brota una llama que da calor que nos cautiva y tranquiliza. A algunos nos transporta a la transcendencia, a Dios, Luz Eterna que permanece aunque nosotros andemos con los faros apagados. A fin de cuentas necesitamos cada día encender frágiles puntos de luz, aunque sea de forma simbólica, para mantener iluminada la esperanza.

jukaprieto@hotmail.com
Febrero 2018